



Domingo III de Pascua 2011

Primera Comunión

Queridos niños y niñas de Primera Comunión, con vuestras familias y amigos.
Queridos hermanos todos:

La historia que nos ha contado el evangelista Lucas es muy bonita y nos llega al corazón porque cada uno de nosotros estamos representados en los dos discípulos que hablaron con Jesús.

La historia sucedió el día primero de la semana de los judíos, después de la fiesta del sábado. Los dos discípulos han recibido la noticia de que el cuerpo de Jesús ya no está en el sepulcro; ha desaparecido y no saben donde está. Pero no han visto a Jesús y no han creído a las mujeres que les habían dicho que ha resucitado. Estos dos, como los demás discípulos de Jesús, no habían comprendido el anuncio que Jesús había hecho repetidas veces sobre su resurrección al tercer día de su muerte. Era algo incomprensible para ellos. Por ello, aunque el cuerpo de Jesús no esté ya en el sepulcro, ellos no han creído que esté viviendo con Dios para siempre.

Por esta falta de fe, han perdido la esperanza que habían puesto en Jesús como liberador del pueblo de Israel, están desconsolados y se marchan de Jerusalén; se alejan de la comunidad de los apóstoles y tal vez habían decidido dejar de pertenecer al grupo de los discípulos de Jesús.

El Buen Pastor, que ha dado la vida por sus ovejas, sale al encuentro de estos dos discípulos, que se alejan con tristeza del rebaño en camino hacia la aldea de Emaús. Habla con ellos; les pregunta de qué hablan, qué les preocupa. Y los escucha con amor y paciencia. Y luego, con cariño les hace ver su falta de fe en lo que había anunciado Dios por los profetas. Y les explica con detalle el significado de todo lo que tenía que padecer el Mesías para entrar en la gloria de Dios y llevar con él a todos aquellos por los que había derramado su sangre.

Cuando Jesús les explica la Escritura, los discípulos van comprendiendo el significado de todo lo sucedido, que antes no habían comprendido. Y no solo entienden con la cabeza, sino que les arde el corazón, se conmueven y emocionan, recuperan la alegría y la paz. Y se sienten atraídos por aquel viajero desconocido, que les está abriendo los ojos y el corazón. Y le piden que se quede con ellos: ***“Quédate con nosotros”***.

Sentados a la mesa para cenar, Jesús **“tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio”**. Son los mismos gestos de la última Cena con los apóstoles (cf Lc 22,19), que la Iglesia ha conservado en su memoria desde el origen hasta hoy. Entonces, a los discípulos **“se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció”**.



El encuentro con Jesús resucitado cambió la vida de los dos discípulos: les devolvió la esperanza en el Maestro; les movió a volver enseguida a Jerusalén, a contar a los otros discípulos lo que han visto y oído. Jesús les ha sanado el corazón y les ha devuelto la fuerza para volver a seguirle unidos a los demás hermanos. En la comunidad se encuentran todos fortalecidos por la experiencia común del encuentro con Jesús y se dicen unos a otros con alegría: ***“Es verdad, el Señor ha resucitado”***

En esta historia se nos enseña que la Palabra de Dios, la Eucaristía y la comunidad de los hermanos son los lugares de la presencia del Resucitado. Y la mejor expresión de ello se encuentra en la asamblea reunida cada domingo, día del Señor, para celebrar la Eucaristía. Jesús resucitado es reconocido en ella como el que vive y da su Vida a cuantos creen en él. En el encuentro con Jesús resucitado, en su Palabra y en la Eucaristía, descubrimos el sentido profundo y verdadero de lo que nos sucede cada día de nuestra vida.

Jesús había anunciado varias veces a los discípulos: ***“Es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho, que sea rechazado por los ancianos... que lo maten y que resucite al tercer día”*** (Lc 9,22); y les había anticipado cuál iba a ser comportamiento en esos momentos de su pasión y muerte: que le iban a dejar solo, que por miedo se iban a avergonzar de ser discípulos suyos. También les había asegurado: a donde yo voy ahora, no me podéis acompañar, pero me seguiréis después.

Jesús fue solo a la cruz para salvarnos, porque nos amó hasta el extremo de dar la vida por todos. Fue sólo a la cruz con total libertad, para cumplir la voluntad de Dios Padre, del cual nos dice el evangelista Juan: Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que los que creen en él reciban el perdón de los pecados y alcancen la salvación y la vida eterna. Por ello, cuando Jesús resucita, se va apareciendo a los discípulos para volver a atraerlos hacia él, para reunirlos en comunidad, para hacerles comprender que ha muerto para el perdón de sus pecados y ha resucitado para su salvación. Jesús resucitado no ha dicho a sus discípulos, no sois dignos de mí y voy a elegir otros discípulos mejores que vosotros. Al contrario, les hace sentir que ellos son los primeros perdonados, redimidos y salvados. Y les entrega su Espíritu y les encarga continuar la misión que él ha recibido de Dios. Así lo anunció Pedro públicamente: ***“Dios resucitó a este Jesús”***, a quien vosotros matasteis en la cruz, ***“y todos nosotros somos testigos. Ahora, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo”***.

En cumplimiento del mandato recibido de Jesús, y con la fuerza del Espíritu Santo, la Iglesia sigue celebrando la muerte y la resurrección de Jesucristo en los sacramentos, de forma especial en la Eucaristía. Así nos lo ha transmitido el apóstol Pablo, según él mismo lo había recibido: ***“Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía. Lo mismo hizo***



con el cáliz, después de cenar, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; hacer esto, cada vez que lo bebáis, en memoria mía. Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva”.

El mismo apóstol Pablo nos asegura que el cáliz que bendecimos es realmente comunión con la sangre de Cristo. Y el pan que partimos es comunión con el cuerpo de Cristo (1 Cor 10, 16). Ahora podemos entender lo que quería decir Jesús cuando nos anunció: ***“Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo”*** (Jn 6, 51). ***“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.”*** (Jn 6, 54-56). Al comulgar su cuerpo y su sangre, Cristo viene a habitar en nosotros y nos consagra como templos vivos de su presencia en el mundo.

Y el apóstol Pablo nos enseña también que todos los que comemos el mismo pan y bebemos del mismo cáliz formamos un solo cuerpo, el único Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (cf 1 Cor 10, 17). El cuerpo es uno solo y tiene muchos miembros. Todos los miembros son necesarios y sólo tienen vida cuando permanecen unidos a los demás en el mismo cuerpo. Deben estar cada uno al servicio de los demás; y ***“si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro es honrado, todos se alegran con él”*** 1 Cor 12, 26).

Queridos niños y niñas: La comunión, que hoy recibís por primera vez, os une a Jesús y a todos los miembros de su cuerpo. La vida de Dios, que recibís al comer el cuerpo de Cristo, tenéis que entregarla a los hermanos; tenéis que ponerla a su servicio, por amor a Jesús. Sólo de esta manera seréis felices, tendréis paz y estaréis siempre alegres. Y así sentiréis la necesidad de la Eucaristía; no podréis vivir sin ella; y la celebraréis con alegría, dando gracias a Dios, todos los días de vuestra vida.